

**Complutum**

ISSN: 1131-6993

<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.80892> EDICIONES  
COMPLUTENSE

## Una nueva visión de las sociedades prerromanas de la Cuenca Central del Duero: los puñales como nexo de unión entre la guerra, las élites y la trashumancia en la Región Vaccea

Roberto De Pablo Martínez<sup>1</sup>

Recibido: 29 de abril del 2021 / Aceptado: 21 de diciembre del 2021

**Resumen.** A partir de los recientes estudios sobre el armamento entre los pueblos prerromanos de la cuenca central del Duero pretendemos argumentar que las élites y sus clientelas fueron quienes poseyeron las armas y particularmente los puñales que hallamos recurrentemente en las tumbas de las necrópolis de la zona. Posteriormente, analizamos las bases de su economía, vinculando a estas élites con posesión de rebaños trashumantes. A continuación, relacionamos la trashumancia con otros aspectos como la dispersión de los núcleos de población y las características urbanísticas de estos, la existencia de grupos de pastores-guerreros para la defensa de los rebaños o los rituales de exposición de los guerreros muertos en combate a los buitres. Finalmente, damos nuestra interpretación sobre la idea de la guerra que tenían los pueblos prerromanos en los siglos previos a la llegada de los grandes ejércitos mediterráneos a la Meseta Norte y el papel de las armas y de los puñales en concreto en el trinomio elites-guerra-trashumancia.

**Palabras clave:** Puñales; guerra; élites; trashumancia; vacceos; Segunda Edad del Hierro; Valle del Duero.

[en] A new vision of the pre-Roman societies of the Central Basin of the Duero river: Daggers as a link between war, elites and transhumance in the Vaccean Region.

**Abstract.** Recent studies on the armament of the pre-Roman peoples of the central Duero basin allow us to argue that the elites and their clientele were the ones who owned the weapons and particularly the daggers that we repeatedly find in the tombs of the necropolis in the area. Later, we analyze the bases of their economy, linking these elites with the possession of transhumant herds. Afterwards, we relate the transhumance with other aspects such as: the dispersion of the settlements with its urban characteristics, the existence of shepherds-warriors' groups for the defense of the herds and the rituals of exposure to the vultures of the warriors killed in combat. Finally, we give our interpretation of the idea of warfare that pre-Roman peoples had in the centuries prior to the arrival of the great Mediterranean armies to the North Plateau and the role of weapons and daggers, in particular, in the transhumance-warfare-elites trinomial.

**Key words:** Daggers; warfare; elites; transhumance; vacceans; Second Iron Age; Duero Valley

**Sumario:** Introducción. Armas. Sus contextos y características. Una nueva visión de las sociedades prerromanas del centro de la Meseta Norte. A modo de conclusión. Bibliografía.

**Cómo citar:** De Pablo Martínez, R. (2022): Una nueva visión de las sociedades prerromanas de la Cuenca Central del Duero: Los puñales como nexo de unión entre la guerra, las élites y la trashumancia en la Región Vaccea. *Complutum*, 33(1): 215-234.

<sup>1</sup> Departamento de Prehistoria, Arqueología, Antropología Social y CC. y TT. Historiográficas. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Valladolid (Valladolid).

E-mail: [roberto\\_de\\_pablo@hotmail.com](mailto:roberto_de_pablo@hotmail.com).

ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-9966-8382>

## Introducción

Los trabajos sobre las armas y particularmente sobre los puñales del centro de la Meseta Norte y Alto Ebro en la Protohistoria han aumentado exponencialmente durante los últimos años. Estos estudios no solo han puesto de relieve una nueva situación sobre estas armas (Sanz, 2014), sacando a la luz nuevos tipos (De Pablo, 2010) o relacionando algunos de ellos con la creación de nuevas dagas como el *pugio* romano (De Pablo, 2012), sino que también, en un reciente trabajo nuestro (De Pablo, 2018; ep.), se ha llevado a cabo un inventario recogiendo todos los puñales hallados en el área del Alto Ebro y el Duero Medio durante esta etapa, analizando sobre esa base todos los aspectos morfoestructurales, ornamentales, evolutivos, de dispersión y cronológicos de las piezas. Así, a día de hoy a nadie le cabe duda de que los tres tipos de dagas que se manufacturaron en la cuenca Central de Duero y portaron sus gentes fueron los puñales Monte Bernorio, los puñales de enmangue en espiga y los puñales de filos curvos, frente a los tipos característicos del Alto Duero como son los puñales de frontón mixto y los bidiscoidales.

Estudiar el armamento nos ha permitido conocer más en profundidad los puñales de la Segunda Edad del Hierro que llevaron los pueblos prerromanos del centro de la Meseta Norte. Si bien, los resultados del estudio también nos permiten, a la vez que nos obligan, a otórgales un contexto dentro de esas sociedades, cruzando los resultados de nuestro estudio con los trabajos de otros muchos autores que han abordado temas diferentes dentro de estas sociedades prerromanas.

El trabajo que ahora se presenta pretende exprimir al máximo los resultados de nuestras investigaciones previas sobre los puñales y cruzarlos con otros estudios para conocer algo más sobre aquellas personas que portaron las armas, qué papel jugaron funcional y simbólicamente estos puñales o cuáles fueron las fuentes de poder de esos aristócratas que poseyeron las piezas más suntuosas, para finalmente acercarnos a la idea que tenían las gentes de esas sociedades indígenas sobre la guerra y sus relaciones socioeconómicas.

En nuestro objetivo por argumentar la relación entre guerra, elites y práctica de la trashumancia en la sociedad vaccea utilizaremos como punto de referencia los resultados sobre el estudio de los puñales. Entendemos que a

cada uno de los aspectos que trataremos se le podría dedicar un trabajo monográfico, si bien, extenderse en ellos interferiría en el discurso argumental con el que queremos demostrar la relación, mencionada arriba, entre las aristocracias, la ganadería trashumante, la guerra y el valor y la función de las armas en este triángulo casi inseparable.

## Armas. Sus contextos y características

El estudio de las armas y particularmente el de los puñales nos acerca a una realidad social de la protohistoria meseteña. A nuestro juicio, hemos de aceptar que es la realidad de la élite, es decir las armas y sus contextos nos hablan de los miembros más destacados de la sociedad prerromana, de sus familias y clientelas. De manera indirecta y ante la negación de ciertas ideas, también llegaremos a conocer las realidades de aquellas clases sociales situadas en la base de la pirámide social, si bien lo que ahora nos ocupa son las aristocracias.

En nuestros recientes estudios sobre los puñales (De Pablo, 2018; ep) observamos que casi un noventa por ciento de los seiscientos ejemplares inventariados fueron hallados en tumba o en posición secundaria de una necrópolis, en tanto que los ejemplares hallados en poblado se ciñen a menos de dos docenas, por no hablar de las escasísimas piezas recuperadas en ambientes bélicos. Es evidente que, si se han hallado más ejemplares en necrópolis que en poblados es porque, al menos en la Cuenca Central del Duero y el área del Alto Ebro, los cementerios han recibido mucha más atención, si bien, no es menos cierto que el hallazgo de un puñal en una tumba responde a una acción voluntaria, pensada y controlada en tanto en cuanto las armas halladas en poblados, en la mayor parte de los casos, responden a situaciones circunstanciales y no voluntarias como un incendio en el que tras la tragedia o el abandono del lugar los asentamientos son reexcavados o saqueados en rebuscas. Si partimos de que el resultado de los puñales en tumba es resultado de una amortización voluntaria, podemos relacionar fácilmente estas armas con la aristocracia, puesto que el hallazgo de una pieza de ese valor implica la capacidad no solo de poseerla sino de amortizarla, algo que excluye a las clases sociales más bajas de la pirámide. Se da además el caso que en la mayor parte de las sepulturas en las que se han

encontrado puñales Monte Bernorio, de empuñadura en espiga o de filos curvos, se han hallado ajuares compuestos por objetos igualmente valiosos, como elementos de escudo, puntas de lanza y regatones, completando así la panoplia de estas gentes del Duero y Ebro, además de fibulas, torques, broches de cinturón, elementos de banquete como parrillas miniaturizadas, cuchillos, tijeras o pinzas, amén de un sinfín de contenedores cerámicos que en muchas ocasiones sirvieron de vajilla para depositar las viandas de los difuntos para el Más Allá. A este respecto, son muchas las tumbas que pueden ilustrar esta realidad, por ejemplo, las tumbas 28, 75, 172, 173 o 185 de Las Rue-

das (Sanz, 1997: 73-77; Sanz, Gallardo, Velasco y Centeno, 2003: 173-196, fig. 4 y 7; Sanz, Romero, Górriz y De Pablo, 2009: 63-69; De Pablo, 2010: 379, fig.9; De Pablo, 2010: 366; Barrio *et alii*, 2012) (Fig. 1), las tumbas 28 del sector N45 y 12 del sector N55 de La Alcántara (Martín Valls, 1984: Fig.14; De Pablo, 2018: Cat. 329), las tumbas 9, 11, 25 o 31 de La Cascajera (Ruiz Vélez, 2002: 175-183, 236-245, 323-333 y 367-371, fig. 50 y 54) o los conjuntos 134, 244, 253 o 270 de Piñuelas (De Pablo, 2018: Cat. 57, 99, 101 y 106)<sup>2</sup>, amén de otras tumbas como la 509 y la 514 de la Zona VI de La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950: 154 y 155-156, láms. LXXIX y LXXX).



Fig. 1. Tumba 172 de Las Ruedas (según Sanz, Romero, Górriz y De Pablo, 2009). Perfecto ejemplo de una tumba de guerrero con un rico ajuar, en el que destaca un puñal de tipo Monte Bernorio de la fase final.

Cierto es también, que no todas las tumbas con puñales muestran el mismo nivel de riqueza, ni siquiera todos los puñales indican el mismo rango, ya que el coste de fabricación de unos a otros pudo variar ampliamente, algo que Sanz ya puso de relieve en su estudio sobre la necrópolis de Las Ruedas (1997: 498-504), donde diferenció hasta 5 rangos con sus consiguientes características. Es decir, a tenor del costo del puñal amortizado, del ajuar funerario y de las características de los objetos —donde las importaciones juegan un papel importante— se puede reconocer que existe una marcada jerarquización social en la que los miembros de la élite, situados en la cúspide, poseen los puña-

les más suntuosos, en tanto que otros miembros de la sociedad cercanos a esa élite, pero que no forman parte de ella, poseen dagas mucho más sencillas. Con ello queremos decir, que el propio puñal ya es un claro indicativo del rango de su poseedor. El caso que mejor lo ilustra son los Monte Bernorio de la fase de desarrollo I, de desarrollo II y de plenitud en las que los puñales con conteras discoidales muestran una gran diferencia no solo visual sino de coste respecto a los puñales de conteras tetradiscoidales (Fig. 2), algo que también parece verse reflejado en los ajuares de las tumbas donde se hallaron, siendo mucho más suntuosas aquellas con puñales con vainas tetradiscoidales.

<sup>2</sup> Muchas de las tumbas y conjuntos que citamos aquí permanecen aún inéditas por esa razón no se indica la bibliografía y solo el número en nuestro catálogo.





Fig. 2. Puñal de tipo Monte Bernorio del conjunto 155 y del conjunto 109 de la necrópolis de Piñuelas del poblado de La Hoya. Estos dos ejemplares, contemporáneos entre sí, presentan diferencias notables siendo el ejemplar con la contera tetradiscoidal mucho más costoso de fabricar, por su extraordinaria decoración en damasquinado de plata y bronce, que el ejemplar de una sola contera, que aun siendo de las pocas piezas con este tipo de contera que está decorado vemos que el ornamento es muy pobre y mucho menos cuidado. La diferencia entre el costo de fabricación de los puñales Monte Bernorio con conteras tetradiscoidales y los de un solo disco se mantiene durante prácticamente toda la existencia de estas dagas. Fotografías del autor.





El peso de la agricultura cerealista en la zona que ahora tratamos, y concretamente en la llamada Región Vaccea (Fig. 3), ha llevado a considerar esta práctica económica como la base de su economía. Esta afirmación viene apoyada por los hallazgos arqueológicos de aperos y silos en los que se han documentado importantes volúmenes de cereal carbonizado (Sanz, Romero, Velasco y Centeno, 2003: 117-121), por las referencias de las fuentes clásicas sobre este particular (Diodoro, V, 34, 3), así como y sobre todo, por las características propias de su ecosistema, el cual históricamente fue conocido como “el granero de Castilla”, hasta el punto de considerar que el excedente cerealista fue la base del comercio interregional en época prerromana (Sanz, Romero, Velasco y Centeno, 2003; Romero, Sanz y Álvarez-Sanchís, 2008: 693-698). Sin embargo, la arqueología ha podido demostrar, que aun con la sabida importancia de la actividad agrícola en el mundo vacceo, la ganadería también jugó un papel esencial en su economía (Romero y Ramírez, 1999: 460; Romero, Sanz y Álvarez-Sanchís, 2008: 693-698). Sin negar, ni mucho menos, la importancia de la agricultura en esta región<sup>3</sup>, nos gustaría poner en relación a la élite vaccea con la práctica de la ganadería, sobre todo bovina, la posesión de rebaños trashumantes y el control de las redes de comunicación y el comercio de excedentes.

Los análisis comparados de las faunas rescatadas en diferentes yacimientos de la Cuenca Central del Duero han puesto de relieve la importancia de los bóvidos en la ganadería de la región (Morales y Liesau, 1995: 482-485 y 501-511; Romero y Ramírez, 1999: 458 y 460), frente a otras especies domésticas como los ovicaprinos, que ocuparían un destacado segundo lugar, y los équidos y cerdos, situados lejos de los dos primeros. Los restos analizados en su momento por A. Morales y C. Liesau (1995) procedentes de El Soto de Medinilla, el Cerro del Castillo de Montealegre, La Mota de Medina del Campo, Las Quintanas de Padilla de Duero, La Era Alta de Melgar de Abajo y Las Quintanas de Valoria permitieron reconocer una creciente importancia del ganado vacu-

no durante el Hierro II, en prácticamente todos los lugares estudiados<sup>4</sup>. Asimismo, los análisis osteológicos de los restos faunísticos identificaron evidencias claras de animales castrados y documentaron diversos procesos patológicos en los huesos relacionados con sobrecargas y esfuerzos, poniendo de relieve el uso de los bóvidos como animales de tiro (Morales y Liesau, 1995: 482-485).

Una vez vista la importancia de los bóvidos en la cabaña ganadera de la región, intentaremos poner en relación a esta con la aristocracia guerrera. Creemos que la iconografía es uno de los puntos en los que se puede ver ese vínculo entre las clases más altas de la sociedad prerromana y la ganadería de vacuno, tanto en objetos de prestigio como en los soportes pétreos, caso de las estelas. Son muchas las representaciones de bóvidos en la iconografía, tanto del mundo vacceo (Sanz y Blanco, 2015) como en el resto de la Meseta Norte, algo que incluso se acentúa si nos acercamos al mundo vetón donde el bóvido adquiere incluso un mayor relieve en aquellas esculturas graníticas de gran tamaño del animal. Solamente pondremos unos pocos ejemplos de la aparición de bóvidos en diferentes soportes para que sirvan como ejemplo. Empezando por las estelas, son varias las que presentan este animal, si bien nos centraremos en dos ejemplares de Clunia por ser precisamente las más expresivas y presentar una clara relación entre un guerrero y un bóvido. La primera de ellas, custodiada en el Museo de Burgos, es una estela discoidea decorada en ambas caras (Fig. 4), en el anverso tiene esculpida la figura de un jinete armado con una lanza y un escudo y en el reverso tiene una vaca y sobre ella un lobo atacándola, rodeados, a modo orla, por tres serpientes y dos peces en la base (Marco, 1978: 47, B10). Una segunda estela, también procedente de Clunia, aunque esta vez desaparecida, representaba a un guerrero armado con un escudo y un puñal frente a un bóvido con la inscripción *Nubucaiau* sobre sus cabezas (Marco, 1978: 47, B13). Asimismo, nos gustaría llamar la atención sobre una tercera estela en la que se representa un toro de frente (Elorza, 1972: 139-140, fig. 6 y 7; Mar-

<sup>3</sup> Nuestro trabajo no tiene como objetivo restar importancia a la actividad agrícola en el mundo vacceo, ni tan siquiera quitar importancia a la ganadería ovina, sino vincular la ganadería trashumante bovina con las elites y ver la base de su poder en la práctica de la misma y sus ramificaciones. Es más, creemos que la agricultura pudo tener un peso incluso mayor en la economía de la sociedad vaccea que la ganadería.

<sup>4</sup> El avance de las excavaciones y las investigaciones en otros lugares como La Ciudad de Paredes de Nava, *Dessobriga*, *Pallantia* o *Rauda*, podrá respaldar o en su caso refutar la importancia de la cabaña ganadera bovina en el mundo vacceo. Puesto que todavía no contamos con datos de estos y otros yacimientos.

co, 1978: 47, A35), esta última pieza procede de Laguardia (Álava), lugar en el que se han documentado un gran número de puñales bernorianos. Bóvidos han sido documentados en muchos otros soportes como fibulas, caso de aquella publicada por J. Cabré como perteneciente a una tumba de guerrero de Miraveche (1916: 5-6, lám. I) o la de Revilla del Campo (Schüle, 1969: taf. 164.14); mangos de *simpula*, siendo los más conocidos los de Paredes de Nava (Schüle, 1969: taf. 164.1-164.9) y los de la necrópolis de La Alcántara de Palenzuela (Martín Valls, 1990: 146-147, figs. 1 y 6); numerosas son también las representaciones de bóvidos en soportes cerámicos, desde pinturas esquemáticas, como aquella cratera de la tumba 136 de Las Ruedas (Sanz y Blanco, 2015:

54-55), hasta vasos con cabezas de toro aplicadas, como las del vaso de Eras del Bosque (Blanco, 2014: 208-209, fig. 16), pasando, como no, por otros recipientes singulares, como las cajitas con asas en forma de protomos de toro –tumbas 199 y 261 de Las Ruedas (Sanz y Blanco, 2015: 1.4.5 y 1.4.7)– y la escultura exenta como el tronco de un bóvido hallado en posición secundaria de Las Ruedas (Sanz y Blanco, 2015: 1.5.3); otros soportes menos usuales son mangos de cuchillo, como aquel ceremonial procedente de Palencia<sup>5</sup> o incluso colgantes de oro con forma de piel de toro como aquel originario de Paredes de Nava y custodiado en el Museo Arqueológico Nacional<sup>6</sup>.



Fig. 4. Estela de Clunia, anverso y reverso (Fotografías cortesía del Museo de Burgos).

Todos estos soportes evidencian una relación entre esas élites y la práctica de la ganadería bovina, una relación que no vemos, por ejemplo, con la ganadería ovina u otras prácticas como la agricultura, salvo en contadas ocasiones, como la aparición de una cajita con cabeza de carnero en la tumba 153 de Las Ruedas (Sanz y Romero, 2009: 11-13) o las azadillas miniaturizadas de las tumbas 148a y 151 de esa misma necrópolis (Sanz, 2010: 356-357). La representación continuada del bóvido en mangos de *simpula* o cuchillos, así como en cráteras, podría revelar que esas élites basaban su poder en los animales representados, es más, no olvidemos que el caballo, como reconocido animal de prestigio, es otro de los animales representados en los mangos

de *simpula* y jarras de pico, objetos relacionados con el banquete y el consumo del vino, práctica que, como se ha demostrado no hace mucho, se vincula a las élites guerreras vacceas, quienes además la utilizaron como una forma de vinculación personal con sus guerreros o clientelas (Gorritz, 2010: 243-253). Con todo esto, queremos transmitir que existe una relación entre la figura del toro y la aristocracia, por estar representada en tantos soportes vinculados a esta clase social, al igual que se ha demostrado esa relación con el caballo y el jabalí. En definitiva, son muchos los soportes en los que se representa al toro vinculado a la élite guerrera, de hecho, en algunos de ellos, no solamente se relaciona a la aristocracia sino a un hombre armado como ocurre en las dos

<sup>5</sup> Número de inventario: 23166, custodiado en el MAN procede de la colección Vives, en Ceres: <http://ceres.mcu.es/pages/Main>

<sup>6</sup> Número de inventario: 1944/41/8, en Ceres: <http://ceres.mcu.es/pages/Main>

estelas de Clunia, que nosotros interpretamos como que el guerrero está defendiendo al animal, algo que nos parece muy evidente, sobre todo en la primera, donde como decíamos una vaca está siendo atacada por un lobo, el cual, no olvidemos, es uno de los peligros a los que se exponían las comitivas trashumantes.

Hace un tiempo los estudios sobre el urbanismo y el poblamiento en el valle medio del Duero de Sierra y San Miguel (1995) pusieron en relación los *oppida* vacceos con las cañadas y la práctica de la trashumancia<sup>7</sup>. Para dichos autores, las referencias clásicas y los datos arqueológicos indicaban una estrecha relación entre los asentamientos de la Edad del Hierro y el trazado de las vías pecuarias. Una relación, entre los asentamientos y la red de cañadas, que reveló resultados muy significativos: los intervalos de distancia que separan los asentamientos siguiendo el trazado de las cañadas coincide o, al menos, se aproxima a una jornada de trashumancia; casi en el 100% de los asentamientos hay evidencias de vías pecuarias en su territorio de explotación; existe un notable control visual desde los asentamientos sobre estos caminos de tránsito; los asentamientos de la Segunda Edad del Hierro muestran una mayor preocupación por el control de las cañadas, discurriendo muchas de ellas en el primer tramo de su territorio de explotación o dentro de los dos primeros kilómetros del mismo (Sierra y San Miguel, 1995: 396). Finalmente, el análisis territorial de la zona permitió reconocer una serie de terrenos dentro del territorio productivo que solo son aprovechables para el pastoreo ganadero.

La relación entre las vías pecuarias y los asentamientos del valle medio del Duero se ve respaldada, además, por la morfología de muchos de los *oppida* prerromanos de la zona, en los que se ha documentado más de una línea de muralla y se han constatado, entre las dos

líneas fortificadas, áreas de escasa ocupación que se han querido interpretar, y que nosotros también entendemos así, como encerraderos de ganado (Sierra y San Miguel, 1995: 396 nota 29; para el mundo vetón: Álvarez-Sánchez 1999, 151-156, Sánchez-Moreno, 2005: 61). En la cuenca central del Duero encontramos varios yacimientos en los que se han documentado, al menos, dos líneas defensivas separadas por, en algunos casos, más de 100 metros de distancia, tal y como ocurre en La Ciudad de Paredes de Nava (Abarquero y Pérez, 2015; Abarquero, Gutiérrez y Pérez, 2018) (Fig. 5), en Las Quintanas de Padilla de Duero<sup>8</sup>, en la *Pallantia* de Palenzuela (Del Olmo, 2006: 330) o en el *oppidum* de Calzadilla de la Cueva (Del Olmo, 2006: 327-328, lám. IX).

La interpretación de estos segundos recintos como encerraderos o lugares donde guardar las cabezas de ganado y la consideración de los asentamientos como paradas de los rebaños en las travesías trashumantes puede poner de relieve una realidad que hasta ahora ha pasado desapercibida. Los *oppida* vacceos podrían ser vistos como centros de poder gobernados y controlados por una aristocracia guerrera en la que su poder económico residía en la ganadería trashumante, una élite que además promovería la construcción de estas murallas y sistemas defensivos para la defensa de la comunidad, pero también en beneficio propio: guardar y proteger sus rebaños. Asimismo, la creación de estos centros de poder, que se ha constatado fueron creciendo a lo largo de toda la Segunda Edad del Hierro, pudieron atraer a campesinos y gentes del territorio circundante, a los que se aseguraría protección frente a los saqueos, lo que pudo crear esos amplios espacios entre los asentamientos de la cuenca central del Duero que han sido denominados como “vacíos vacceos” (Sacristán, 1989).

<sup>7</sup> Es cierto que los autores lo ponen en relación con la práctica de la ganadería trashumante ovina y no bovina. Aluden que se observa una escasa especialización en el ganado vacuno, sin embargo, los estudios realizados por Morales y Liesau de un mayor número de yacimientos que los consultados por Sierra y San Miguel hablan de una ganadería bovina de mayor relieve que la ovina y evidencias claras de una castración de algunos animales analizados. A este respecto consultar Sánchez-Moreno (1998, nota 44).

<sup>8</sup> El sistema defensivo de Las Quintanas de Padilla de Duero es un caso controvertido. Julio Del Olmo en su publicación defiende la existencia de dos cercas o murallas en torno al poblado de *Pintia* (Del Olmo, 2006: 316-318, fig. 1), sin embargo, en un trabajo reciente (Sanz, Romero, Górriz y De Pablo, 2011: 14) se formuló la posibilidad de que la segunda muralla de piedra a unos 150 metros de la de adobe con revestimiento pétreo fuera una *contracircunvalatio* relacionada con el asedio romano a la ciudad. Hoy hemos de repensar la interpretación de esta muralla como la segunda cerca del poblado, en la misma línea que Del Olmo. En primer lugar, por presentarse como un desfase de la muralla de adobe, y porque si se sigue el trazado en una fotografía aérea cierra en los extremos de la ciudad contra la primera muralla. Asimismo, las características de esta muralla se alejan de otras construcciones romanas de asedio. Además de que la reciente magnetometría hecha en La Ciudad de Paredes de Nava ha revelado (Abarquero y Pérez, 2015) la existencia de dos líneas defensivas separadas por de 130 metros de distancia, encontrándose así un perfecto símil en otro yacimiento vacceo.



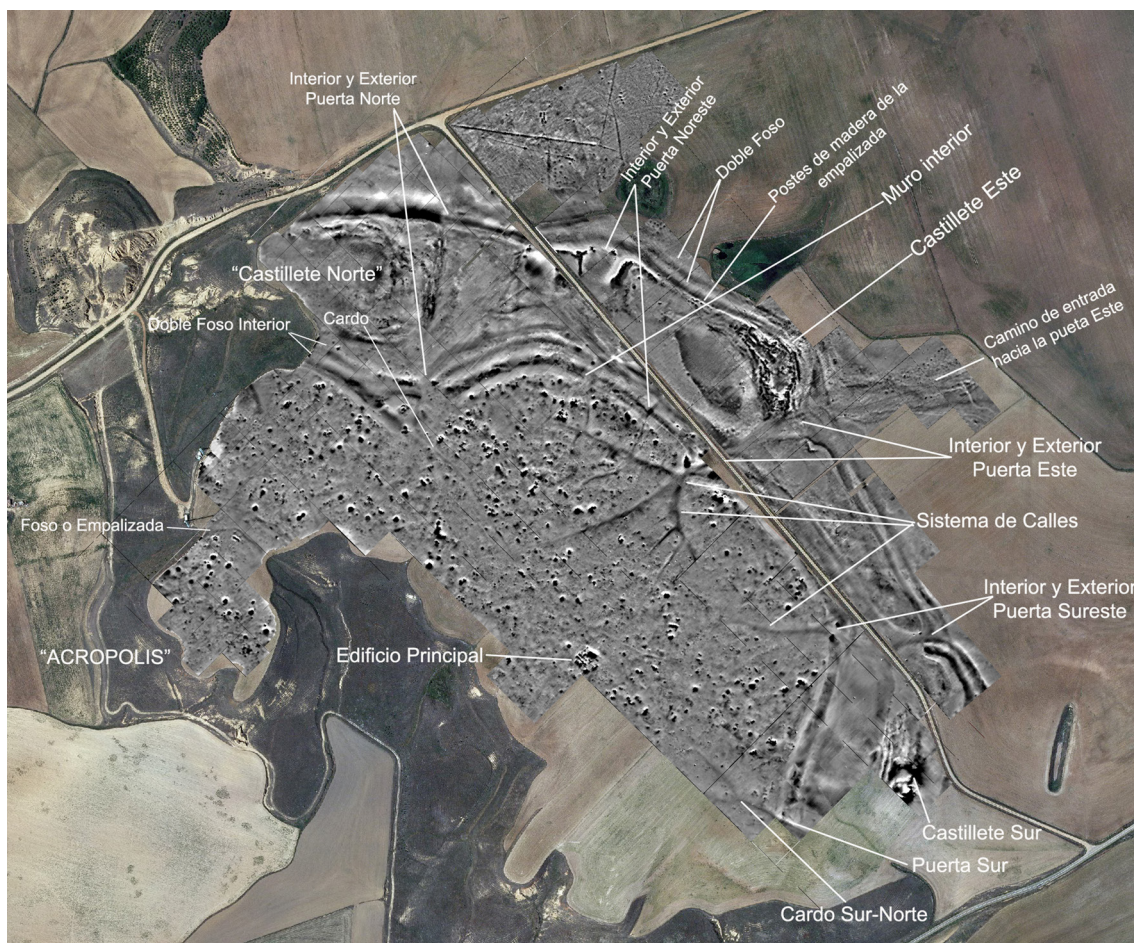


Fig. 5. Magnetometría de “La Ciudad” de Paredes de Nava con la interpretación de cada uno de los elementos reconocidos. Se observan claramente las dos líneas defensivas del poblado (según Abarquero, Gutiérrez y Pérez, 2018: fig. 6).

Como ya decían Sierra y San Miguel, los asentamientos en altura, algunos de ellos en los bordes del páramo, podrían denotar un claro interés por el control de las vías, a la vez que la existencia de algunos otros en el fondo de los valles (Sacristán, 2010: 133-134), como el caso de Las Quintanas de *Pintia*, podrían explicarse también desde una óptica de control de las vías pecuarias, ya que como se ha dicho recurrentemente, el *oppidum* pintiano se situaba en un lugar donde existían varios vados para cruzar fácilmente el río Duero (Sanz y Escudero, 1995: 276; Sanz *et alii*, 2003: 63).

Esta relación que ahora tratamos de demostrar entre las élites locales y la trashumancia podría ser suscrita además por el armamento con el que hemos arrancado este trabajo. Si superponemos por un lado la zona de distribución de los puñales del centro de la Meseta –Monte Bernorio, enmangue en espiga y filos curvos– y por otro los puñales celtibéricos, y en concreto los

bidiscoidales, a las cañadas que discurren por el actual territorio de la comunidad de Castilla y León observamos un resultado tremendamente significativo. La zona por la que se distribuye mayoritariamente los puñales Monte Bernorio coincide con la Cañada Real Burgalesa, la Cañada Real Burgalesa Norte, la Cañada Real Leonesa Oriental y la Cañada Real Leonesa Occidental, en tanto que la Cañada Real Segoviana, la Cañada Real Galiana, la Cañada Real Soriana Oriental y, sobre todo, la Cañada Real Soriana Occidental discurren por la zona donde se distribuye el puñal bidiscoidal (Fig. 6), dándose el sorprendente caso que, el lugar donde se cruzan las cañadas occidentales, tanto la Real Burgalesa como la Real Leonesa Occidental y Oriental, con la Cañada Real Soriana, es la zona abulense donde se sitúan las necrópolis de La Osera y Trasguija, en las que se han hallado casi la misma proporción de puñales celtibéricos que dagas de la zona del Duero Medio.

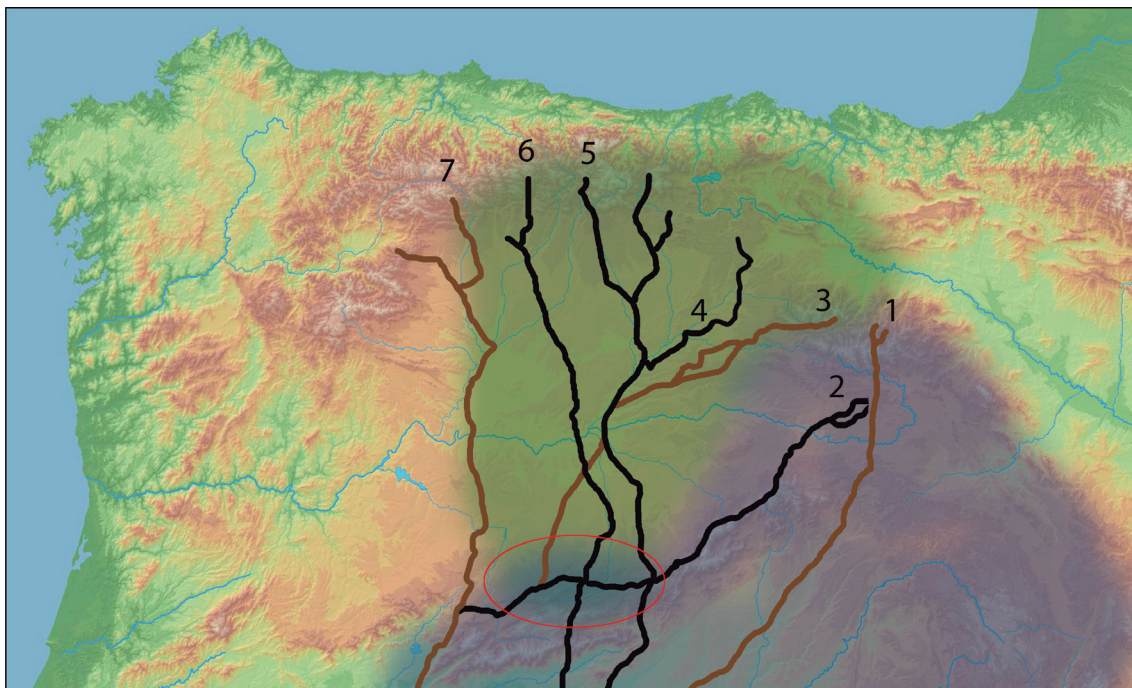


Fig. 6. Superposición del área de distribución de los puñales meseteños –Monte Bernorio, empuñadura en espiga y filos curvos– (en verde), de los puñales celtibéricos –frontón y bidiscoidales– (en azul) y de las Cañadas Reales en la Meseta Norte y en el entorno del Sistema Central e Ibérico: 1. Cañada Real Galiana; 2. Cañada Real Soriana Occidental; 3. Cañada Real Burgalesa; 4. Cañada Real Burgalesa (Norte) y cordeles; 5. Cañada Real Leonesa Oriental; 6. Cañada Real Leonesa Occidental; 7. Cañada Real de la Plata. Señalado con un círculo rojo el foco abulense donde se han hallado puñales meseteños del Duero Medio –Monte Bernorio, empuñadura en espiga y filos curvos– y puñales de la Celtiberia –frontón y bidiscoidales–, coincidiendo con el lugar donde se cruzan las cañadas que vienen de una y otra zona.

Los ganados, como base de riqueza de estas élites, exigían defensa y protección frente a amenazas externas, sobre todo a aquellos rebaños trashumantes que tenían que desplazarse de unas regiones a otras estacionalmente, siguiendo unas rutas que en ocasiones podían ser muy peligrosas. La imperiosa necesidad de defender los rebaños de ataques de animales como el lobo y, sobre todo, de asaltos de enemigos, favorecería la formación de grupos de guerreros-pastores al servicio de los grandes propietarios o señores del ganado. Esta relación entre los rebaños, la práctica de la trashumancia, guerreros-pastores y las élites ya ha sido estudiada por otros investigadores como J. Álvarez-Sanchís (2003: 49-55), M. Salinas de Frías (1999) y, sobre todo, por E. Sánchez-Moreno (1998: 71-78; 2006: 63; 2011) para regiones vecinas, como la Lusitania o la Vetonia, una idea que, como venimos diciendo, no ha sido muy desarrollada para la región vaccea y que, a nuestro juicio, es la clave para entender el funcionamiento de parte de esa sociedad.

Estos grupos de guerreros-pastores, formados en torno a régulos o aristócratas locales y a su servicio, estarían unidos a ellos a través de lazos de fidelidad y clientela, participando de las ganancias de la actividad económica del señor del ganado. Si bien, este vínculo no se reduciría a una relación económica, sino que el desempeño de la defensa del rebaño significaría la pertenencia a un grupo privilegiado cercano a la elite rectora de una determinada comunidad. Las armas y particularmente los puñales, las cuales muestran una clara jerarquía de las piezas en una misma etapa, podrían indicar esa pertenencia a un grupo selecto situado en torno a un jefe militar y su posición dentro del grupo. Es decir, somos partidarios de ver en puñales como los Monte Bernorio, un símbolo de pertenencia a un grupo privilegiado y su posición dentro del mismo dependiendo de las características de la daga, siempre sin negar, por supuesto, su función militar, que, recordemos, va decreciendo conforme la pieza es más costosa. Así los puñales Monte



Bernorio tetradiscoloidales con pomos destacados y damasquinados son menos funcionales que sus contemporáneos discoidales, carentes de decoración en la mayor parte de los casos y con formas más sencillas y menos destinadas a la exhibición. Ello suscribiría nuestra propuesta de considerarlos símbolos de pertenencia a un grupo privilegiado, en el que los puñales menos costosos son los más funcionales y los que muy probablemente fueron portados por esos pastores-guerreros al servicio de los señores del ganado y serían los más usados en esas travesías en las que debían defender la comitiva trashumante, frente a los puñales de los señores del ganado, mucho más costosos, que tendrían como principal función representar su elevado estatus y, posiblemente, su escasa funcionalidad podría venir a expresar un escaso uso como arma (la defensa del ganado la ejercen los guerreros-pastores a su servicio).

La relación que tratamos demostrar entre élites, practica trashumante y guerreros-pastores parece suscribirse además en algunos textos clásicos y, particularmente, en la arenga de Aníbal en los Alpes (Liv. XXI.43.8) a los guerreros lusitanos y celtíberos que acompañaban al ejército cartaginés en su camino a Roma: *“Para alcanzar esta recompensa, coged las armas con el auxilio de los Dioses. Hasta ahora no habéis hallado ninguna ganancia a tantos trabajos y peligros vuestros, siguiendo constantemente al ganado por los montes inhóspitos de la Lusitania y la Celtiberia. Ya es hora de que hagáis una campaña opulenta y rica y de que obtengáis una buena paga por vuestros servicios, una vez recorrido un camino tan grande a través de tantos montes y ríos y tantos pueblos en armas”*.

A nuestro juicio, tal y como venimos argumentando, los ganados fueron la fuente de riqueza de las aristocracias guerreras de la Meseta Norte y por lo tanto la base de su poder. Esto generó una competencia entre las élites de diferentes lugares por el control de las rutas de paso y de aquellos lugares estratégicos para la práctica trashumante como los vados fluviales o los pasos de montaña, así como por la posesión de pastos. El control de las rutas de paso que permitiera a los rebaños desplazarse en condiciones seguras desembocó, en no pocas ocasiones, en conflictos entre las élites de los diferentes centros de poder y en enfrentamientos

armados en los que las clientelas o grupos de guerreros-pastores jugaron un papel importante. En este contexto, incluimos las razias y saqueos<sup>9</sup> citados comúnmente por las fuentes clásicas, los cuales interpretamos como acciones militares de desgaste y castigo al competidor de esos recursos naturales necesarios para el tránsito del semoviente. Estas acciones de pillaje estuvieron al servicio de las élites, quienes utilizaban estos mecanismos para reforzar sus derechos sobre los lugares y espacios en disputa, alimentar su estatus y ganar prestigio y fama (Sánchez-Moreno, 2006: 65). Los botines de guerra, resultado de estas acciones militares, sirvieron también a esas élites militares para ejercer el papel de jefes redistributivos, articulando y reforzando los lazos de fidelidad, sobre todo, entre sus clientelas. En otras palabras, el beneficio de estas élites con los saqueos y razias no vendría tanto por el botín resultante de las mismas, que podría ser repartido, como de los logros conseguidos para desarrollar su principal actividad económica, la ganadería trashumante y los lazos de fidelidad conseguidos a raíz de los regalos (Sánchez-Moreno, 2006: 65).

El control de las vías y el marco de protección de la comitiva trashumante, creó la oportunidad de que esta se convirtiera en el vehículo perfecto para el comercio de bienes. Es muy probable que las élites del centro de la Meseta, a parte de los beneficios obtenidos con la ganadería, tuvieran en el comercio de los excedentes de su comunidad otra importantísima vía de ingresos. El control de las vías y del comercio, ejerció un primer control sobre las clases más bajas de la sociedad, compuestas por campesinos dedicados a la agricultura y en posesión de algunos animales, quienes veían en las élites su única vía para dar salida a los excedentes de su producción con todas las garantías de no perderlas en el traslado para su venta, es decir, la élite creó un marco de protección total en los *oppida* para campesinos —lugares fortificados en los que vivir y almacenar sus bienes—, muy probablemente, con la obligación de comerciar u ofrecer el excedente de su producción a la aristocracia local. Al hilo de lo anterior, aun creemos ver un segundo punto de control de las élites sobre las clases campesinas. Uno de los principales destinos de la cría del ganado vacuno fue la de proveer de

<sup>9</sup> La práctica del bandolerismo es un fenómeno demostrado para la Edad del Hierro, que fue practicada y sufrida, a partes iguales, por las élites (ej. Sánchez Moreno, 2006: 64-67).



animales de tiro a ese amplio campesinado dedicado, sobre todo, a labores agrícolas. Estos animales, como bien es sabido, se castraban<sup>10</sup> para potenciar su desarrollo, modificar su fuerza y moldear su carácter, lo que evidentemente haría imposible su reproducción, teniendo que recurrir nuevamente a esos señores del ganado una vez el animal hubiera muerto.

Las travesías trashumantes, en medio de esta competitividad entre las élites regentes de los diferentes centros de poder, expusieron a la comitiva de guerreros-pastores a numerosos peligros, produciéndose enfrentamientos entre los defensores del rebaño y aquellos que practicaban las razias y saqueos, dos grupos vinculados a unas u otras aristocracias que en diferentes momentos se cambiarían los papeles. Es decir, el hostigamiento de la comitiva trashumante por parte de un grupo conllevaría la respuesta del otro, erigiéndose así la guerra, como recordaba recientemente Sánchez-Moreno (2006: 65) siguiendo a Randsborg (1999), “*en una fórmula de competitividad aristocrática y de cohesión social (...) y, sobre todo, un elemento regulador en las relaciones de poder y equilibrio sobre tierras, hombres y recursos*”.

En este contexto, la muerte de un integrante de la comitiva en estos enfrentamientos no sería en absoluto excepcional, es más podría tratarse de un hecho común. Llegados a este punto, entendemos que el ritual de exposición de los guerreros muertos en combate a los buitres encaja a la perfección en nuestro relato. Sin duda alguna, el texto de Claudio Eliano es el que más atañe a los pueblos que están siendo objeto de estudio en este trabajo y concretamente a los vacceos: “*Los vacceos (pueblo de Occidente) ultrajan a los cadáveres de los muertos por enfermedad, ya que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al fuego; pero a los que han perdido la vida en la guerra, los consideran nobles, valientes y dotados de valor y, en consecuencia, los entregan a los buitres porque creen que éstos son animales sagrados*” (Claudio Eliano, *Natur. anim.*, X, 22). Esta narración, en la que hay una evidente manipulación de las costumbres funerarias de los vacceos, revela que el ritual de exposición de los guerreros muertos en combate a los buitres fue una práctica extendida entre los pueblos de

la Meseta Norte a lo largo de la Segunda Edad del Hierro, es más, especifica que dicho ritual estuvo reservado únicamente a los guerreros caídos en combate. El texto<sup>11</sup> se ve respaldado por algunas evidencias arqueológicas en algunos lugares tan alejados como Zurita, donde una estela representa un buitre picoteando el cuerpo de un guerrero yacente, o en Foz Coa, donde en la roca 3 de Vermelha (Fig. 7) se ha representado un combate singular entre dos guerreros y bajo ellos una pareja de buitres están comiendo un cuerpo que, a nuestro juicio, debería considerarse como los restos del guerrero caído<sup>12</sup>, después de haber dado cuenta de él los primeros buitres. Por lo tanto, la importancia del buitre en este ritual funerario es evidente, la de ser el trasmisor del alma del guerrero entre la esfera terrenal y la celeste y lo creemos bien documentado en la zona que tratamos.

Llegados a este punto cabría preguntarnos ¿qué hay detrás del ritual de exposición de los guerreros muertos en combate a los buitres? ¿Qué vinculación existe entre los señores del ganado, los rebaños trashumantes y los rituales expositivos en los que los buitres jugaron un papel fundamental?. Las fuentes clásicas y la iconografía de algunas estelas, grabados y cerámicas pintadas nos han transmitido, de un modo u otro, las explicaciones “ritualizadas” de este fenómeno cultural, una explicación que ha sido valorada por la investigación académica, la cual, sin embargo, no ha pasado a valorar la explicación práctica de esta costumbre. Nosotros no valoraremos esta práctica desde un punto de vista ritual o con intención de adentrarnos en el complejo mundo de la religiosidad de estos pueblos prerromanos, sino que intentaremos encontrar una explicación material de tipo práctica, valorarla e intentar conocer su posible origen. Tal y como proponía Marvin Harris “*la solución de los enigmas radica en una mejor comprensión de las circunstancias prácticas*”. Qué duda cabe que esta se trata de una costumbre ritualizada, pero bajo la que subyace una explicación práctica, es decir esta creencia estaba fundada o se fundó en condiciones, necesidades y actividades ordinarias o vulgares, tal y como defiende Harris para otras costumbres estudiadas en su obra *Vacas, cerdos, guerras y brujas* (Harris, 2011).

<sup>10</sup> Como antes comentábamos, la castración ha sido documentada en varios yacimientos de la cuenca central del Duero (Morales y Liesau, 1995: 482-485).

<sup>11</sup> Este texto ha sido puesto en duda para los vacceos por algunos investigadores (Sopeña y Ramón, 2002).

<sup>12</sup> Esta figura se ha interpretado como un pez, si bien, lo cierto es que los buitres no comen peces.

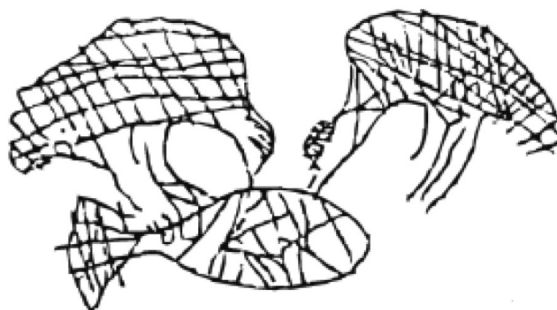


Fig. 7. Combate singular y buitres de la roca 3 de Vermelhoa en Foz Côa (Luis, 2016)

Hasta ahora la mayoría de los autores que lo han tratado se refieren a este como un ritual diferencial reservado únicamente a los guerreros, rodeado de toda gloria y dignidad (Sopeña, 1987: 78-114; 1995: 268-271; Ciprés, 1993: 88-90; Sanz, 2010: 345-346). Sin ánimo de retirar el significado existente en torno a ese ritual, que por supuesto, lo tendría, creemos que bajo todo ese ceremonial y dignidad subyace una idea mucho más pragmática e incluso podríamos hablar de una necesidad. El ritual de los buitres podría tener una respuesta o un origen mucho más práctico de lo que se pudiera pensar, vinculado a ese mundo de guerreros-pastores que protegían el ganado en sus largas marchas trashumantes por las caña-

das, veredas y cordeles. La salvaguarda de los rebaños, como venimos diciendo, conllevaría en muchas ocasiones enfrentamientos contra clanes rivales, bandidos y saqueadores, en ello iría también el prestigio de quienes estaban encargados de esa defensa. La muerte de un guerrero-pastor en refriegas o escaramuzas defendiendo y guardando los rebaños sería un hecho, si no frecuente, nunca excepcional. Aunque la muerte en estas labores supuso un acto de valor y fue reconocido socialmente mediante un ritual reservado solo para unos pocos, a la vez también fue un problema, ya que la muerte de un guerrero dejaba el cuerpo de un hombre lejos de su hogar, de su tierra. Cargar con un cuerpo durante semanas o meses sería a todas

luces inasumible, tanto por el bulto en sí mismo como, sobre todo, por la putrefacción del cuerpo y las posibles enfermedades que pudiera transmitir. En este sentido, el ofrecimiento del cuerpo del finado a los buitres, las aves carroñeras de la Meseta por excelencia, sería una opción muy plausible para deshacerse del cuerpo de la forma más rápida posible —los buitres pueden hacer desaparecer un cuerpo de 80 kg en menos de una hora—, con el mínimo esfuerzo por parte de sus compañeros de expedición. Es evidente, que la opción de construir una pira funeraria, para incinerar al difunto como se hacía en el ritual normativo entre los pueblos de la Meseta, sería del todo inviable por los numerosos problemas que ello conllevaría, no solo el levantamiento de la propia pira sino también la búsqueda de combustible, en este caso leña seca que ardiera con suficiente fuerza para consumir el cuerpo. Es más, aunque fuera posible montar una pira con leña seca y prenderla, constituiría un acto peligrosísimo para todo el conjunto de la expedición, puesto que, a modo de humadas diurnas o luminarias nocturnas, revelaría la posición exacta de los guerreros y el rebaño que custodiaban, además de enviar un claro mensaje a grupos enemigos de que la expedición contaba con, al menos, un miembro menos para la defensa del rebaño. Por lo tanto, la inexistencia de una opción mejor para darle una salida digna a los cuerpos de estos guerreros que murieron desempeñando una labor, hizo que esta práctica se fuera ritualizando hasta convertirse en un ritual reservado a los guerreros, en este caso, vinculados a la élite, lo que a su vez reafirmaría el prestigio de esa aristocracia guerrera, de base ganadera, y de aquellos situados a su alrededor.

Lejos de lo que se pudiera pensar, las relaciones entre las élites regentes de los diferentes centros de poder no fueron hostiles por norma. El tránsito de los rebaños trashumantes de un lugar a otro, así como el movimiento de mercancías, discurrió por territorios o zonas de influencia de unos u otros *oppida*, con lo que se haría, cuando menos, necesario, por no decir imprescindible, la puesta en marcha de una diplomacia que generara una red de relaciones políticas entre las élites regentes de cada centro de poder que asegurara la movilidad de la comitiva trashumante sin ningún tipo de inconveniente. Entendemos que esta red de relaciones políticas fue vital en el entramado socioeconómico de los pueblos de la Meseta, es más serían imprescindibles para el mantenimiento

de la posición de las aristocracias regentes de cada centro de poder (Sánchez-Moreno, 2011: 174). En este contexto encajan, a nuestro entender, los pactos de hospitalidad entre algunas comunidades y/o individuos, los cuales pudieron servir para adquirir derechos de paso y pasto para esas dos partes que se convertían en *hospites* o tal vez solo para una de ellas (Salinas, 1999: 286-292). En esta misma línea se podrían entender los lazos dinásticos entre las élites de diferentes comunidades, o los regalos que cerrarían acuerdos, encuentros y transacciones, algo para lo que pudieron haber sido utilizados nuestros puñales, tan comunes en la zona de los castros abulenses en los tres siglos anteriores a la Era.

Algunos autores han señalado que la trashumancia era inconcebible en ausencia de un fuerte poder central o una unificación política entre los diferentes lugares por donde pasaba, ya que el movimiento de los rebaños carecería de seguridad (frente a esto ver Gómez-Pantoja, 2001: 185). A nuestro entender, no es necesaria la existencia de un poder central para el desarrollo de la trashumancia, sino que el tránsito de ganados pudo haberse beneficiado de las buenas relaciones con las poblaciones de los territorios por los que esas vías pasaban. Es decir, el paso de los rebaños tuvo que contar con pactos entre las diferentes familias o aristocracias que controlaban los *oppida* situados en las vías pecuarias.

Las alianzas tejidas entre las diferentes aristocracias guerreras, como venimos diciendo, permitieron el movimiento de los ganados y las mercancías, con el argumento de fondo de que todos los actores de estos pactos tenían un beneficio, ya fuera la posibilidad de hacer transitar los rebaños propios por el territorio controlado por otra comunidad, ya fuera un beneficio económico a modo de impuesto por el paso del semoviente o de mercancías o ya fuera la pertenencia a una gran coalición interregional de aristocracias locales con grupos armados a su servicio, lo que haría a estas élites más fuertes aún si cabe, frente a propios y ajenos.

Estas alianzas se amoldan perfectamente al frente común citado por las fuentes clásicas de vacceos, olcades y carpetanos contra el ejército cartaginés de Aníbal en el año 220 a.C. (Polibio III,13, 5-14; Livio XXI, 5, 7-17) y a la coalición de vetones, vacceos, celtíberos y toledanos contra Marco Fulvio en *Toletum* en el año 193-192 a. C. (Livio XXXV, 7, 8 y



XXXV, 22, 8). A nuestro juicio, estos episodios con coaliciones de pueblos indígenas frente a Roma o Cartago, en los que una amenaza exterior podría poner en peligro la situación socioeconómica vigente en aquel momento controlada por los llamados señores del ganado, reflejan la existencia de alianzas previas a la llegada de esos agentes externos. La rapidez con la que reaccionan y la unión de pueblos tan alejados como vacceos, celtiberos, olcades o carpetanos viene a suscribir esas alianzas entre aristocracias vinculadas a la práctica de la ganadería trashumante interesadas en que, no solo su propia comunidad permaneciera en paz para el desarrollo de su actividad económica, sino también todos aquellos lugares por los que pasaban los rebaños sobre los que se asentaba su poder, ya que la caída de un solo *oppidum* podría truncar el viaje de las reses y suponer un obstáculo al desarrollo de su actividad económica. En definitiva, las coaliciones a las que se refieren las fuentes clásicas, a nuestro entender, estuvieron formadas por los grupos de guerreros-pastores o clientelas de los señores del ganado que los movilizaron ante el peligro que suponía para su posición y el mantenimiento de su poder la llegada de una nueva y gran fuerza militar. Esto demostraría, además, que, como hemos venido insinuando a lo largo del trabajo, las élites ejercieron un control sobre las armas.

A la luz de los datos de los que disponemos en la actualidad sobre los pueblos vacceos y lo dicho anteriormente, creemos que estamos un poco más cerca de conocer la idea que tenían estas sociedades prerromanas de la guerra. En nuestro caso, buscamos concretamente la idea que tenían de la guerra y como eran los enfrentamientos armados durante la primera mitad de la Segunda Edad del Hierro, es decir, antes de la llegada de los grandes ejércitos mediterráneos a las tierras de la Meseta, allá por finales del s. III a.C. Algo que marcaría un antes y un después, alterando inexorablemente la idea de guerra o las formas de enfrentamiento que habían imperado hasta ese momento e introduciendo el concepto de guerra total.

La guerra durante la fase previa a la presencia cartaginesa o romana la entendemos, sobre todo, como enfrentamientos entre grupos reducidos que tendrían como finalidad la defensa de intereses económicos o incluso combates singulares para la resolución de disputas. Puntualmente, no debemos descartar pequeños ataques o escaramuzas a posiciones

con una finalidad de castigo al enemigo como adversario y competidor por los recursos económicos, en otras palabras, acciones armadas y enfrentamientos por el control de lugares o zonas estratégicas en los que había intereses económicos en juego. No creemos, por el contrario, que hubiera ejércitos, con formaciones y estrategias planificadas, ni acciones de conquista de territorios o asentamientos.

La ausencia de ejércitos conformados por unidades disciplinadas, generales, estrategias, etc... queda patente, a nuestro juicio, en el episodio del 220 a.C. en la campaña de Aníbal contra los vacceos que desembocó en la batalla del río Tajo *“a principios de la primavera puso en marcha la guerra contra los vacceos. Helmantica y Arbocala, sus ciudades, fueron tomadas por la fuerza. Arbocala se defendió largo tiempo gracias al valor y al número de sus habitantes. Los fugitivos de Helmantica después de unirse a los exiliados de los olcades, pueblo dominado el verano anterior, instigan a los carpetanos y, atacando a Aníbal a su regreso del territorio vacceo no lejos del río Tajo, desbarataron la marcha de su ejército entorpecido por el botín. Aníbal obvió el combate y después de acampar a la orilla del río, una vez que reinó la calma y el silencio en el lado enemigo, vadeó el río, levantó una empalizada de forma que los enemigos tuviesen sitio por donde cruzar y decidió atacarlos cuando estuvieran cruzando. Dio orden a la caballería de que atacasen a la columna entorpecida cuando la vieses metida en el agua; los elefantes, pues había cuarenta, los colocó en la orilla. Entre carpetanos y tropas auxiliares de olcades y vacceos sumaban cien mil, ejército invencible si la lucha se desarrollara en campo abierto. Por ello, intrépidos por naturaleza y confiando además en el número, y creyendo que el enemigo había retrocedido por miedo, convencidos de que lo que retrasaba la victoria era el hecho de estar el río por medio, lanzando el grito de guerra se precipitan al río de cualquier manera, sin mando alguno, por donde a cada uno le pillaba más cerca. También desde la otra orilla se lanza al río un enorme contingente de jinetes, y en pleno cauce se produce un choque absolutamente desigual puesto que mientras el soldado de a pie, falto de estabilidad y poco confiado en el vado, podía ser abatido incluso por un jinete desarmado que lanzase su caballo al azar, el soldado de caballo, con libertad de movimientos para sí y para sus armas, operaba de cerca*

y de lejos con un caballo estable incluso en medio de los remolinos. En buena parte perecieron en el río; algunos, arrastrados en dirección al enemigo por la corriente llena de rápidos, fueron aplastados por los elefantes. Los últimos, que encontraron más segura la vuelta a la orilla, después de andar de acá para allá se reagruparon, y Aníbal, antes de que se recobrasen sus ánimos de tan tremendo susto, metiéndose en el río en formación al cuadro los obligó a huir de la orilla, y después de arrasar el territorio en cosa de pocos días recibió también la sumisión de los carpetanos” (Tito Livio, XXI, 5, 1-17). En este primer enfrentamiento entre poblaciones vacceas aliadas con carpetanos y olcades y las tropas cartaginesas de Aníbal, quedan patentes dos realidades: en primer lugar, la capacidad de reunir un gran número de guerreros para igualar o, al menos, hacer frente al ejército regulado de Aníbal, lo que pone de manifiesto, a nuestro juicio, los pactos existentes entre los diferentes “régulos” o aristócratas de los diferentes *oppida* que tenían grandes intereses en la trashumancia y su buen funcionamiento; y en segundo lugar, que esa reunión de guerreros, en forma de ejército desorganizado, no tenía capacidad estratégica para enfrentarse al contingente de Aníbal, mucho mejor organizado y que repelió el ataque con gran habilidad.

A partir de entonces y tras reiterados enfrentamientos con ejércitos regulados, tanto cartagineses como romanos, las gentes de la Meseta cambiarían su forma de ver la guerra y de guerrear, por la necesidad de hacer frente a esos nuevos adversarios. Si bien, entendemos que esta segunda etapa, con la presencia de los grandes ejércitos mediterráneos en la zona, debe estudiarse en un trabajo diferente, teniendo en cuenta nuevos datos y atendiendo a una situación previa (que es lo que nosotros aquí hemos intentado proponer) y no al contrario.

Es en este periodo de crisis o de cambio, cuando se ha fechado la desaparición de los puñales Monte Bernorio (De Pablo, 2018: 328, 334 y 594-595: ep). Un tipo de dagas que, sobre todo, en sus últimos estadios muestran unas formas y sobre todo dimensiones que las hacen insuficientes para cualquier ejercicio de la guerra. Así habríamos de preguntarnos ¿La desaparición de los puñales Monte Bernorio pudo deberse a la aparición de otras piezas más efectivas para la guerra como los puñales de enmangue en espiga y, sobre todo, de los puñales de filos curvos, mucho más funcionales en

la nueva forma de hacer la guerra llegada con los ejércitos mediterráneos? algo que nosotros creemos, pero que los futuros estudios deberán responder con mayor rotundidad o desmentir.

### A modo de conclusión

Nuestra interpretación de estas aristocracias guerreras de la cuenca central del Duero y los centros de poder que controlaban, está muy en consonancia con la lectura que hace E. Sánchez-Moreno de estas mismas para la Lusitania: “Una suerte de principados confederados de base agropastoril, regidos por aristocracias guerreras de hondo sustrato. Factores claves en la articulación territorial de estas células políticas son, como hemos visto, la hospitalidad, las alianzas, las razias y la movilidad ganadera. Funcionamiento que choca de lleno con las aspiraciones y el nuevo orden promovidos por Roma.” (Sánchez-Moreno, 2006: 68). Una aristocracia que tuvo en los ganados trashumantes la base económica de su poder, en torno a los cuales surgieron grupos de guerreros-pastores que defendieron el semoviente en sus largas travesías, en las que además el ritual expositivo de los guerreros caídos en combate a los buitres encuentra una perfecta explicación práctica.

Estas comitivas trashumantes escoltadas por guerreros-pastores también permitieron a los señores del ganado el control del comercio, ya que qué mejor marco para trasportar mercancías que una comitiva trashumante protegida por una hueste. Asimismo, el control de las armas y la formación de grupos de guerreros en torno a ellos hizo posible la defensa de sus intereses mediante mecanismos coercitivos y la violencia controlada a través de razias y saqueos contra grupos enemigos. Si bien, su poder dentro de la comunidad se basó en otros mecanismos, como la protección de una comunidad agraria tras los mismos muros que protegían su rebaño a cambio de comerciar con sus excedentes o ser él, el señor del ganado, quien proveyera de animales de tiro a toda la comunidad.

Así, encontraríamos en el territorio vacceo una serie de *oppida* regidos por aristocracias locales que ejercerían presión sobre el territorio circundante, en el que competirían con otras poblaciones y aristocracias vecinas por los recursos naturales y vías de paso, lo que explicaría la existencia de murallas que defen-

dieran a la comunidad y a los rebaños como la base económica de su poder. Además de dar una explicación adicional, a la ya dada anteriormente, a los denominados “vacíos vacceos”, como espacios en los que sería muy difícil la instalación y pervivencia de alquerías o núcleos de explotación agropecuaria de pequeñas dimensiones sin la existencia de murallas o sistemas defensivos que protegieran la producción de esas pequeñas poblaciones. Una competitividad que contrastaría, como no podía ser de otra manera, con los pactos entre las diferentes aristocracias de distintos *oppida* para permitir el paso de los ganados trashumantes y favorecer el comercio y el tránsito de mercancías.

Finalmente, nos gustaría acabar con el mismo tema con el que arrancábamos el trabajo: las armas. Así, proponemos que, en ese contexto, las armas y muy en concreto los puñales fueron, aparte de las herramientas de oficio de la guerra, símbolos de pertenencia a un grupo privilegiado y a su vez marcaron la posición del portador en ese grupo que ocupaba la cúspide social a tenor de las características del puñal, no solo la deco-

ración sino también la morfología y dimensiones. No creemos que se trate de un símbolo de poder de manera genérica, ya que no todos los puñales presentan las mismas características, ni se han hallado en contextos con la misma acumulación de riqueza. De este modo, por ejemplo, no podemos situar en la misma posición social al poseedor del puñal de las tumbas 28 de Las Ruedas, quien además poseyó una exclusiva espada de tipo Miraveche, o al de la tumba 32 de esa misma necrópolis (De Pablo, 2021), que al dueño del puñal de la tumba 35 (Sanz, 1997: 73-93), quien acumula en su sepultura un ajuar que podríamos considerar que estaría por encima de la media, pero que no situaría a ese miembro de la sociedad en la cúspide, como los dos primeros. En definitiva, los puñales durante la Segunda Edad del Hierro funcionaron no solo como armas sino también como símbolos de pertenencia a un grupo formado por aristocracias y sus clientelas e indicadores de estatus, no solo en la sociedad sino en el propio grupo, pudiendo ser además el medio utilizado por la aristocracia para diferenciarse fácilmente de sus clientelas.

## Bibliografía

- Abarquero Moras, F. J., Gutiérrez Pérez, J. y Pérez Rodríguez, F. J. (2018): El yacimiento vacceo-romano de La Ciudad, Paredes de Nava, Palencia. En C. Sanz Mínguez y J.F. Blanco García (eds.) *Novedades arqueológicas en cuatro ciudades vacceas*. Valladolid: Universidad de Valladolid - CEVFW (Vaccea Monografías, 6): 75-92.
- Abarquero Moras, F. J. y Pérez Rodríguez, F. J. (2015): La aplicación de métodos geofísicos en la detección de sistemas defensivos vacceos. El caso de Paredes de Nava. En Ó. Rodríguez Monterrubio, R. Portilla Casado, J. C. Sastre Blanco y P. Fuentes Melgar (Coord.) *Fortificaciones en la Edad del Hierro: Control de los recursos y el territorio*. Valladolid: Glyphos Publicaciones: 131-151.
- Álvarez-Sanchís, J. R. (1999): *Los Vettones*. Madrid: Real Academia de la Historia. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1.
- (2003): *Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el Occidente de Iberia*. Madrid: Akal Arqueología, 2.
- Barrio, J., Catalán, E., Gutiérrez, C., Medina, M. C. y Sanz, C. (2012): Reexcavar la tumba 185 de la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañel, Valladolid): Aplicación de técnicas láser en la restauración de su panoplia. *Vaccea Anuario 2011*, 5. Valladolid: Universidad de Valladolid - Centro de Estudios Vacceos “Federico Wattenberg”: 70-74.
- Blanco García, J.F. (2014): La naturaleza salvaje en el mundo vacceo: imagen y símbolo. *Sautuola*, XIX: 219-234.
- Cabré, J. (1916): Una sepultura de guerrero ibérico de Miraveche (Burgos). *Arte Español, Revista de la Sociedad de Amigos del Arte*, Año V, Tomo III, Núm. 1: 1-16.
- Cabré Aguiló, J., Cabré Morán, M.E., Molinero, A., (1950): *El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila)*. Madrid: Ministerio de Educación Nacional. Comisaría de Excavaciones Arqueológicas. Acta Arqueológica Hispánica V.
- Ciprés, P. (1993): *Guerra y Sociedad en la Hispania Indoeuropea*. Vitoria-Gasteiz: Anejos de Veleia, Series minor 3, Servicio Editorial Universidad del País Vasco.



- De Pablo Martínez, R. (2010): Los Puñales de Filos Curvos en el Duero Medio y Alto Ebro. A propósito de los llamados tipo La Osera y Villanueva de Teba. En F. Romero y C. Sanz, *De La Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Universidad de Valladolid - CEVFW (Vaccea Monografías, 4): 363-396.
- (2012): El *pugio* romano: nuevos datos para el estudio de su origen. *Gladius* XXXII, CSIC: 49-68. Doi: <https://doi.org/10.3989/gladius.2012.0003>
- (2018): *Armamento y guerra durante la Segunda Edad del Hierro en la Cuenca central del Duero y el Alto Ebro: los puñales como armas y símbolos*. Universidad de Valladolid, Tesis Doctoral Inédita.
- (2021): El puñal Monte Bernorio de la tumba 32 de la necrópolis de Las Ruedas ¿arma y objeto de veneración de los antepasados? Nueva propuesta sobre la iconografía desarrollada en su pomo. *Archivo Español De Arqueología*, 94, e12. <https://doi.org/10.3989/aespa.094.021.12>
- (ep): Puñales de la Segunda Edad del Hierro en el Alto Ebro y el Duero Medio. Los puñales de tipo Monte Bernorio, enmangue en espiga y filos curvos y su influencia sobre el *pugio* romano. CSIC, Anejos de *Gladius*, 20, Madrid.
- Del Olmo Martín, J. (2006): Arqueología Aérea de las Ciudades Romanas en la Meseta Norte Algunos ejemplos de urbanismo de la primera Edad del Hierro, segunda Edad del Hierro y Romanización. En I. Moreno Gallo (coord.) *Nuevos Elementos de Ingeniería Romana*, III Congreso de las Obras Públicas Romanas. Astorga: Junta de Castilla y León - Colegio de Ingenieros T. de O. P. TRAIANVS: 313-340.
- Elorza Guinea, J. C. (1972): Dos nuevas estelas alavesas. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 5: 133-141.
- Gómez-Pantoja, J. (2001): *Pastio agrestis*. Pastoralismo en Hispania romana. En J. Gómez-Pantoja (Coord.) *Los Rebaños de Gerión. Pastores y trashumancia en Iberia antigua y medieval*. Collection de la Casa Velázquez, Volume nº 73: 177-214.
- Górriz Gañán, C. (2010): Rituales de vino y banquete en la necrópolis de Las Ruedas de *Pintia*. En F. Romero y C. Sanz, *De La Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Universidad de Valladolid - CEVFW (Vaccea Monografías, 4): 231-256.
- Harris, M. (2011): *Vacas, cerdos, guerreros y brujas*. Madrid: Alianza Editorial.
- Luís, L. (2016): “As gravuras da Idade do Ferro no Vale do Coa”. *Vaccea Anuario* 9, 2015: 60-70.
- Marco Simón, F. (1978): *Las estelas decoradas de los conventos Caesaraugustano y Cluniense*. Caesaraugusta, Publicaciones del Seminario de Arqueología y Numismática Aragonesas, 43-44, Institución “Fernando el Católico” (CSIC) Excma. Diputación Provincial de Zaragoza.
- Martín Valls, R. (1984): Prehistoria palentina. *Historia de Palencia*, I, Madrid: 15-53.
- (1990): “Los *simpula* celtibéricos”. *BSAA Arqueología*, LXI: 144-169.
- Morales Muñoz, A. y Liesau Von Lettow-Vorbeck, C. (1995): Análisis comparado de las faunas arqueológicas en el Valle Medio del Duero. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (Eds.) y Z. Escudero (Coord.) *Arqueología y Medio Ambiente, El primer milenio a.C. en el Duero Medio*. Junta de Castilla y León, Valladolid: 455-514.
- Randsborg, K. (1999) Into the Iron Age: a discourse on war and society. En Carman, J. y Harding, A. (eds.) *Ancient warfare. Archaeological perspectives*. Sutton Publishing, Trowbridge: 191-202.
- Romero Carnicero, F. y Ramírez, M. L. (1999): Estrategias de subsistencia en la cuenca media del Duero durante la Edad del Hierro. En F. Burillo Mozota (coord.), *IV simposio sobre los celtiberos. Economía*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico: 453-465.
- Romero Carnicero, F., Sanz Mínguez, C., y Álvarez-Sanchis, J.R. (2008): El primer milenio a. C. en las tierras del interior peninsular. En F. Gracia (coord.), *De Iberia a Hispania*, Barcelona, Ariel, 2008: 649-731.
- Ruiz-Gálvez Priego, M. (2001): La economía celtibérica, en *Celtas y vettones*, Ávila: 209-217.
- Ruiz Vélez, I. (2002): *Ritual funerario y cultura material durante la Segunda Edad del Hierro en La Bureba. La necrópolis de La Cascajera en Villanueva de Teba (Burgos)*. Universidad de Burgos, Tesis Doctoral Inédita.
- Salinas de Frías, M. (1999): En torno a viejas cuestiones: guerra, trashumancia y hospitalidad en la Hispania prerromana. En F. Villar y F. Beltrán (eds.) *Pueblos, lenguas y escrituras en la Hispania prerromana. Actas del VII Coloquio sobre lenguas y culturas paleohispánicas (Zaragoza, marzo de 1997)*. Zaragoza: 281-293.
- (2001): *Los vettones. Indigenismo y romanización en el occidente de la Meseta*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca, Estudios históricos y geográficos, 34.

- Sánchez Moreno, E. (1998): De ganados, movimientos y contactos. Revisando la cuestión trashumante en la Protohistoria hispana: la meseta occidental. En *Sociedades y fronteras en el mundo antiguo. Studia Historica. Historia Antigua*, 16: 53-84.
- (2000): *Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*. Madrid. Ediciones UAM; Colección de Estudios, 64.
- (2005): Caballo y Sociedad en la Hispania Céltica: del poder aristocrático a la comunidad política. *Gladius*, XXV: 237-264.
- (2006): *Ex pastore latro, ex latrone dux...* Medioambiente, guerra y poder en el occidente de Iberia. En Naco del Hoyo, T. y Arrayás Morales, I. (eds) *War and territory in the Roman World*. (Guerra y territorio en el mundo romano), British Archaeological Reports. BAR International Series, S1530, Oxford: 55-79.
- (2011): Rebaños, armas, regalos. Expresión e identidad de las elites vetonas. En G. Ruiz Zapatero y J. Álvarez Sanchís (Eds.) *Castros y Verracos. Las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia* (Reunión Internacional Castros y Verracos. Ávila 9-11 de noviembre de 2004, Palacio de los Serrano), Diputación de Ávila, Institución Gran Duque de Alba, Vicolozano: 159-189.
- Sanz Mínguez, C. (1997): *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid)*. Valladolid: Junta de Castilla y León. Arqueología en Castilla y León, Memorias 6.
- (2010): Armamento vacceo. En F. Romero y C. Sanz, *De La Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*. Universidad de Valladolid - CEVFW (Vaccea Monografías, 4): 319-361.
- (2016): La guerra y el armamento vacceo. En R. Graells y D. Marzoli (eds.), *Armas de la Hispania Prerromana-Waffen im vorrömischen Hispanien*. Römisch-Germanisches Zentralmuseum. Band 24: 193-228.
- Sanz Mínguez, C. y Blanco García, J. F. (2015): Figuración y abstracción en el universo mental vacceo. El bestiario en *Pintia* (Padilla de Duero/Peñañiel, Valladolid). *Vaccea Anuario 2014*, 8: 32-40.
- Sanz Mínguez, C., y Escudero Navarro, Z. (1995): El conjunto arqueológico de Padilla/Pesquera de Duero (Valladolid). Evolución del asentamiento durante la etapa indígena. En G. Delibes, F. Romero y A. Morales (eds.), *Arqueología y medio ambiente: el primer milenio a. C. en el Duero medio*, Valladolid, Junta de Castilla y León: 271-305
- Sanz Mínguez, C., Gallardo Miguel, M.A., Velasco Vázquez, J y Centeno Cea, I. (2003): La tumba 75 de Las Ruedas, primer testimonio arqueológico de la elite ecuestre vaccea. En C. Sanz y J. Velasco (Eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*. Universidad de Valladolid: 173-196.
- Sanz Mínguez, C. y Romero Carnicero, F. (2009): Campaña XIX de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel). *Vaccea Anuario*, 2, 2008: 6-13.
- Sanz Mínguez, C., Romero Carnicero, F., Górriz Gañán, C. y De Pablo Martínez, R. (2009): *El vino y el banquete en la Ribera del Duero durante la Protohistoria*. Universidad de Valladolid - CEVFW (Vaccea Monografías, 3).
- (2011): Campaña XXI de excavaciones arqueológicas en Pintia (Padilla de Duero/Peñañiel). *Vaccea Anuario 4*, 2010: 8-16.
- Sanz Mínguez, C., Romero Carnicero, Velasco Vázquez, J. y Centeno Cea, I. (2003): Nuevos testimonios sobre la agricultura vaccea. En C. Sanz y J. Velasco (Eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*. Universidad de Valladolid: 99-123.
- Sanz Mínguez, C., Velasco Vázquez, J., Centeno Cea, I., Gallardo Miguel, M. A. y Del Olmo Martín, J. (2003): *Pintia: nacimiento y desarrollo de un oppidum vacceo-romano*. En C. Sanz y J. Velasco (Eds.), *Pintia. Un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*. Universidad de Valladolid: 45-65.
- Schüle, W. (1969): *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*. Berlín, Madrider Forschungen, 3.
- Sierra Vigil, J.M. y San Miguel Maté, L.C. (1995): Las Cañadas como medio de comunicación entre los asentamientos vacceos. En F. Burillo Mozota (coord.), III simposio sobre los celtíberos. Poblamiento. Zaragoza: Institución Fernando el Católico, 1714: 389-398.
- Sopeña Genzor, G. (1987): *Dioses, Ética y Ritos. Aproximaciones para una comprensión de la religiosidad entre los pueblos celtibéricos*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- (1995) *Ética y ritual. Aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Sopeña Genzor, G. y Ramón Palerm, V. (2002): Claudio Eliano y el funeral descarnatorio en Celtiberia: Reflexiones críticas a propósito de Sobre la naturaleza de los animales, X, 22. *Palaeohispánica*, 2 (2002): 227-269.